





SUEÑOS TORMENTOSOS



FRANCISCO DÉNIZ BRUNO

SUEÑOS TORMENTOSOS



Primera edición: diciembre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Déniz Bruno

ISBN: 978-84-18097-22-5

ISBN digital: 978-84-18097-23-2

Depósito legal: M-38049-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España







Capítulo I

El primer alejamiento

Amanecía un día veraniego de temperatura vacilante. El viento de tendencia africana hacía que la sensación térmica fuera superior. El aire que se respiraba era inaguantable, de ambiente soporífero, estando aún en el albor de las primeras luces de la nueva clareada.

El resplandor iluminaba a la ardiente mañana del triste día de la despedida, al tiempo que el sol imponente se engrandecía majestuosamente por el naciente.

Esquivando todo conato de diálogo con el resto de los pasajeros, se sentó en la parte trasera del vehículo que permanecía desértica de ellos, eludiendo cualquier tipo de conversación.

La pesadumbre se apoderó de todo su ser, sus ojos cristalizados habían perdido la indeterminación con la realidad, permaneciendo estático con la mirada extraviada: inmóvil en su asiento, hosco consigo mismo, mientras la guagua se dirigía velozmente hacia el aeropuerto.

Era ineludible la separación de sus seres queridos por penoso que pareciera el exilio elegido. En su fuero interno se sentía culpable por la iniciada división. El egoísmo particular nacido en su interior por culpa de los persistentes sueños fantasiosos lo empujaban a huir de los suyos.

La indiferencia por el alejamiento se podría convertir en la verdadera distancia del amor.



Miraba como ido a través del cristal; apoyó los codos en el marco saliente de la ventana y fijó la vista hacia el horizonte, recreándose en la mar. Esta resaltaba con su azul veraniego de sus tranquilas aguas. Un torrente de pensamientos navegaba libremente por su mente al tiempo que iba dejando atrás toda su existencia. Se había hundido en un profundo vacío, abstraído por los acontecimientos.

Ya no podía eludir por más tiempo las oleadas de voces que en una constante guerra sin cuartel se revelaban en su interior haciéndolo cavilar noche tras noche, clamándole vehementemente que ejecutara sus fantásticos sueños.

Las fantasías persistentes que lo obligaban a divagar imaginariamente por las ciudades de todo el planeta Tierra. Inalterablemente recorría todos sus rincones en dichas películas soñadoras. Tenía que darles vida real a tales avalanchas de apariciones noctámbulas, alucinaciones que lo acompañaban desde su más tierna edad.

Un ligero temblor lo sacudió interiormente. Enérgicamente se puso de una en pie, como si un resorte controlara sus movimientos, cuando la guagua llegaba a la parada principal del aeropuerto.

Fue el último en abandonar el vehículo, como si una fuerza interior lo frenara para que no siguiera hacia adelante en su nueva aventura.

Con el alma apesadumbrada por la afligida emoción caminaba por inercia. Era su sino lo que dejaba atrás, su hado acompañador. Las remembranzas lo metían en una melancolía momentánea que le borraba su sonrisa.

Mientras recogía alterado el equipaje del maletero lateral, los pensamientos adversos lo anegaban de incertidumbres amargas.

La tristeza que lo acompañaba desde el mismo día en que tomó la tremenda decisión de ser marinero no había manera de expulsarla de su atormentado cerebro. Como si hubiera firmado su sentencia de muerte.

Apretaba fuertemente los dos amuletos obsequiados por sus hijos: una herradura en miniatura para que las envidias no entraran en su cuerpo; que alejara el mal y propiciara el bien, más una pequeña

llave de noble metal para que abriese todas las puertas dificultosas que se encontrase en su nuevo caminar. Aquellos talismanes lo acompañarían en su iniciada vida profesional por doquier, al igual que llevaría impregnados con letras de fuego en lo más profundo de su organismo los recuerdos y los olores de su entorno, los de su querida patria, dichos acontecimientos: aromáticos y vivencias de toda su existencia en la isla de sus amores, los cargaría imprimidos en su consciente para nunca olvidarse de sus raíces.

Una vez facturado el equipaje, se echó el bolso negro de mano al hombro y se dedicó a patear sin descanso.

Nervioso a tope, paseando de un extremo al otro en el interior del aeropuerto sin sentarse un solo momento.

Parecía un saltaperoico, la inestabilidad lo podía, su interior era un polvorín a punto de estallar.

No quiso ser acompañado por nadie, ni siquiera por la esposa; no quería ver más lágrimas en los ojos de sus seres queridos.

Llegó bastante alterado a Gando, con más de tres horas de antelación a la salida de su vuelo.

Iba de punta en blanco, con las mejores vestimentas de su reducido armario: camisa beis de hilo, muy veraniega; pantalón azul marino más zapatos negros de charol, parecía más el novio en la boda que un aspirante a lobo de mar. Todo un verdadero dandi.

Ya no habría marcha atrás, las amalgamas de sueños le bullían en su interior empujándolo a visitar los países allende los mares; dichas utopías se habían vuelto una obsesión fantasmal que se repetían a cada noche de su existencia.

Ligeramente pensó que los pactos eran siempre cosas de dos: su conciencia y él. Manifestándoseles aquellos rollos soñadores con los nombres de las ciudades a conocer en remotos países que solo conocía de oídas.

De pie, apoyado sobre su antebrazo izquierdo en la barra, intentaba tomarse un café. La inquietud que su sistema nervioso sufría no le permitió más que mojarse los labios con la aguachirle que le sirvieron. No le pasaba ni la saliva por el gaznate.

Pagó la consumición y salió agriamente como una bala de la cafetería, contrariado por la disconformidad.

No quería atormentarse pensando en lo que dejaba atrás. El temor al arrepentimiento del viaje era un dolor patente.

De repente pensó que el mundo le abría sus puertas, imaginando aventuras venideras llenas de episodios ficticios. Aquel cosquilleo que sentía por toda su piel era un torrente de sus sueños quiméricos.

El tiempo se había vuelto su calvario, no disimulando su hosquedad manifiesta. Las agujas del reloj se habían paralizado.

Estaba revuelto, el estómago le saltaba como si tuviera en el mismo una plaga de sapos brincando todos a la vez.

Con el corazón en vilo y los nervios a flor de piel, entró a la sala de embarque. En la corta espera recorría la misma de un lado al otro como si fuese un delincuente en constante huida de la policía. La desesperación por tal novedad en su vida lo estaba alterando de una manera angustiada, pero, al mismo tiempo, deseoso de que empezara aquel reto que su destino le ponía en su camino como un examen a superar.

Todo empezaba a ser novedoso en su iniciada aventura mundanal; aquello lo mantenía activo, ilusionado como niño en víspera de Reyes.

Por primera vez en su vida se vio subiendo a uno de aquellos aparatos que solía mirar con bastante recato desde muy niño en su remota aldea. Le encantaba seguir el rastro del humo que los curiosos artefactos dejaban en el firmamento hasta su disipación total. Aquellas máquinas del demonio que volaban por encima de su cabeza y que tanta impresión le causaban.

Cuando el avión alcanzó el techo de vuelo operativo, los bemoles se le situaron en la misma garganta robándole hasta la respiración.

Sentado en el asiento de ventana, miró hacia abajo, no terminaba de creérselo, nunca había visto las nubes tan cercanas: ¡él, volando a tanta altura como ave por el cielo!

Un ligero vértigo lo obligó a girar su cabeza, dejar de fisgonear y apartar la vista de tal abismo.

Las hormonas le trajinaban su interior como caldera en ebullición. Se santiguó cerrando los ojos con rapidez mientras el avión volaba velozmente hacia el aeropuerto de Manises, Valencia. No dormía, se mantenía aturdido y sobresaltado, con el alma en un puño, pensando en cientos de chaladuras diferentes que le venían a molestar a su testa de formas incontroladas.

Trataba de respirar profundamente como le había aconsejado su paternal suegro:

—¡Respira bien hondo tres veces seguidas manteniendo el aire un buen rato dentro antes de expulsarlo! —prudentemente lo hacía al pie de la letra, llenándose los pulmones del molesto aire que se respiraba en aquella cápsula cilíndrica que era el avión, pero su fuero interior seguía tenso, moralmente y espiritualmente también.

Echándole el valor que tenía que echarle a la vida, abrió los ojos mirando receloso para todos los lados, no quería perderse ningún evento o acontecimiento novedoso alrededor.

—¡Prensa!, ¡prensa! —anunciaba la guapa azafata de atractivo cuerpo, regalándole una sonrisa amistosa al tiempo que le entregaba un periódico local.

Abrió el diario por la parte trasera como hacía siempre, trató por todos los medios posibles de leer algo, pero le era imposible; las letras le bailoteaban desapareciendo las mismas de su esparrada vista. No había manera humana de concentrarse en la lectura.

El conjunto de fibras nerviosas lo hacía saltar con sucesivos impulsos incontrolados procedentes de su sistema central, haciendo que todo su cuerpo fuera un homogéneo temblor.

Atentamente el señor que estaba en el asiento del centro le tuvo que indicar el manejo del abrimiento de la mesa plegable para colocar la bandeja con el desayuno que le alcanzaba amablemente una rubia de ojos verdes y sonrisa angelical que le alegraba el desolado semblante.

Tenía necesidad de comer, el estómago le rugía pidiéndole la entrada de suministros sólidos en el mismo, pero su tráquea tenía un enorme nudo que no le dejaba filtrar ni siquiera los líquidos. Tomó algo del aguado café, mordisqueó el bollito de pan y allí quedó todo lo que aquella mañana desayunó.

Cerró una vez más los ojos con resignación repasando mentalmente algunos de los acontecimientos vividos con su esposa en la calurosa anochecida del día anterior.

Pasaron ambos descalzos y muy acaramelados hasta bien tarde en la noche. Entrelazados por las cinturas andaban por toda la orilla de la playa; sus huellas iban quedando imprimidas sobre la fina arena dorada a lo largo de toda la ribera. Apenas se dijeron nada, tristes sus almas por la inmediata partida de él. Sus miradas chocaban de continuo, diciéndose con ellas lo que sus bocas callaban. Asunción, en un arrebato de pasión, lo atrajo hacia sí estampándole un beso prolongado que calmó un poco la amargura que vivían sus interiores por tal inminente separación; el mismo avivó el deseo carnal a niveles superiores. Uno y otro se encendieron, sus cuerpos se estremecieron sacudidos por una repentina alteración incontrolada. Algo tan desnudo como puede ser un beso, más siendo el mismo improvisado, empleando en él todo el frenesí de su furor interno.

Aquel amoroso beso que procedía de la persona amada con su sello particular destrozó en un instante el hastío tan penoso que estaba generando el acaloramiento que sacudía a la pareja por el cercano alejamiento, liberándose al instante las penas que ambos arrastraban.

Se sentaron al amparo de unas enormes rocas que en la bajamar quedaban al descubierto. Sus piernas desnudas jugaban con el agua de un pequeño charco. Escondidos de las miradas de los transeúntes que a aquellas horas de la clara noche también paseaban por la hermosa playa.

Se dejaron llevar por sus instintos pasionales sin importarles nada lo que pudieran decir aquellos que los descubrieran en sus

cortejos amorosos. Hicieron el amor con frenética agitación, la complicidad mutua los atraía extasiándose al máximo, recordándose los primeros tiempos del feliz matrimonio.

En sus miradas florecían sonrisas pícaras por el acto consumado.

Flemáticamente se alejaban de la playa, no tenían prisas en volver a su morada. Uno y otro querían que aquella noche no tuviera amanecer.

Encontrándose de vuelta en la casa, pasada la medianoche del triste día de marras, se convirtieron aquellas horas en un verdadero martirio: no había manera de conciliar el sueño estando en la madrugada, aunque en el albor de la misma el rendimiento pudo con Asunción, quedándose profundamente dormida.

Teodoro se sentó por los pies de la cama muy pensativo, alargó el brazo para sacar del bolsillo de su viejo chaquetón el paquete de cigarrillos y el chisquero de inmensa mecha, dándole unas prolongadas bocanadas al pitillo, suspirando desconsoladamente por aquella decisión intrépida que había tomado de alejarse de sus seres queridos.

Por fuerzas mayores tenía que realizar sus delirios soñadores; aquella obsesión al paso de los años se había vuelto un sinvivir.

Aprovechó para justificar aquel alejamiento de los suyos la caótica situación económica por la que estaba la pareja atravesando; fue la gran disculpa para atreverse a decirle a la mujer lo del embarque.

Pasó un gran rato en aquella posición tan apática al mismo tiempo que anegaba de humo a la pequeña habitación, quedándose petrificado y mirando con ternura hacia el hermoso cuerpo desnudo de su esposa que dormía placenteramente.

En la mañana se había levantado con una sensación muy extraña. La inquietud de su tembloroso cuerpo lo hacía suspirar a cada instante.

El día de hoy jamás lo olvidaría. Era una carga de sentimientos encontrados los que lo affigían.

Embelesado estaba, cautivados sus sentidos con las nostalgias por los recuerdos originados en la despedida, melancolías que se apoderaban de todo su ser. Abrió vacilante sus ojos al escuchar el anuncio de la llegada al aeropuerto de Manises, saliendo de una de la pesadumbre que tales recuerdos emotivos producían en su persona.



Capítulo II

El estrenado embarque

Teodoro Cruz era de cuerpo fibroso, sin carnes sobrantes, más bien delgado y huesudo, todo nervios: cada uno de sus filamentos eran rígidos, músculo puro. Las venas se le marcaban en sus brazos exageradamente.

En su masa ósea sobresalían unos hombros firmes y bastante recios.

Honesto y libre de maldades, su probidad era intachable, se había criado rodeado de honorabilidades en torno a una familia humilde pero recta.

No se achicaba ante nadie, los andares vivarachos lo definían; jamás se rendía por muy descomunal que fuera el reto.

El taxi lo dejó a pie de la escala real. Mientras pagaba la carrera al taxista miraba despavorido hacia arriba con signos de admiración en su rostro; el barco le parecía como un enorme mastodonte. Solo había pisado algunos barquillos dedicados a la pesca artesanal en el litoral de su pueblo; estando aquellos varados en la misma playa, jamás había navegado en ninguno de ellos.

Se sentía muy familiarizado con el mar; el haber nacido a escasos metros del Atlántico lo había marcado de manera brutal con el inmenso océano. El retumbar de las olas, sobre todo en las marejadas, tanto en las bajamares como en las pleamares, habitaba perennemente en su cerebro. Aquellos silbidos ruidosos y tan peculiares de las ondas marinas se le metían por la angosta ventana de su



habitación, acompañándolo en las silenciosas noches de continuos sueños y marcándolo para el resto de su vida.

Tembloroso subía por aquella escalera metálica bien inclinada y protegida por una red para no caer entre el barco y el muelle al agua, agarrándose desconfiadamente y pisando con parsimonia cada peldaño que pateaba. Anonadado oteaba con mucha atención para todas las direcciones, a él le parecía un desmedido barco. Un carguero de bandera liberiana de casi 120 metros de eslora.

Lívido como alma en pena, trataba de serenarse. Alzó la vista mirando hacia el exterior del puente cubierto de cristaleras, movió su cabeza abrumado.

Apenas había pisado la cubierta principal de la nave, Teodoro se sentía aletargado; los mareos brotaban desde sus profundidades. Empezó a notar un amargor en su boca que lo impulsaba a la provocación. El sudor frío de su interior empapaba toda su ropa. Aquellas náuseas le paralizaban su motor vital dejándolo desfallecido. Todo le daba vueltas a su alrededor como si de un momento a otro fuera a caer redondo sobre los hierros de la cubierta principal del Prince Veloz.

Bajo el aturdimiento atinó a decir débilmente:

—¡Coño..., qué grande es! —refiriéndose a la envergadura del buque.

La nueva experiencia que su organismo estaba padeciendo lo empezó a maltratar de una manera bestial.

El olor tan peculiar que desprendía el barco con el añadimiento del aroma del combustible del mismo era el causante de los primeros síntomas de mareos.

Descubría noveladamente parte del interior del buque, observando inquietantemente para todos los ángulos mientras caminaba conturbado por el aturdimiento, sacudiéndolo un torrente de incertidumbres que lo hacían dudar.

Se quedó quieto sin saber qué hacer ni para dónde tirar. Había soltado el equipaje sobre la ardiente cubierta y miraba alarmado y más atascado hacia una de las chimeneas del barco que la empre-

día tirando una buena cantidad de humo negro por la misma, señal previa al calentamiento de los motores.

Escrita tenía la salida el barco en la pequeña pizarra negra para la entrante madrugada.

El Prince Veloz se encontraba muy bien amarrado a los norayes del muelle sin moverse una migaja por la gran carga que el mismo tenía en sus bodegas, dispuesto a hacerse a la mar.

Teodoro se sentía extraño sin saber exactamente el siguiente paso que debería dar. El sudor exagerado que expelía exteriormente había anegado por completo su camisa; su cuerpo se mantenía frío como témpano de hielo.

Aquella sensación tan rara que su organismo estaba experimentando lo mantenía con los nervios desatados, algo muy habitual que suelen padecer la mayoría de los bisoños en sus primeros embarques.

Respiraba acompasado, cada vez más profundo, tratando de abarcar todo el aire para llenarse sus pulmones.

Recogió el equipaje y se dirigió hacia una de las puertas que estaba abierta. El miedo que lo ceñía era el causante del ahogo, como si la climatología lo asfixiara. Los sofocos de verse transitando en aquel armatoste de hierros echando humos negros sin cesar lo intranquilizaba. Aquello era el verdadero causante de la aparición de sus males, pensó fugazmente.

En el estrenado escenario se vio por primera vez, despavorido por todo lo que era nuevo en su novicia vida profesional como marino y con el temblaqueo que le recorría por todo su interior haciéndolo vibrar continuamente como para terminar electrocutado. Empezó a sentir el aumento del anegamiento amargo, la riada de sudor frío que se había apoderado de él lo hacía sentirse por momentos como si estuviera en el Polo Norte. Su cuerpo sacudido por persistentes cambios de temperaturas lo hacían titilar y transpirar a mares continuamente, hasta que una voz afable lo sacó de los pensamientos tan molestos que le machacaban su cerebro:

—¡Hola! ¿Eres el nuevo? Mi nombre es Prudencio. Soy el marinero de guardia.

Un rayo de esperanza iluminó al decaído semblante del pipiolo: —Teodoro, aunque mis amigos me llaman *Teo* —ambos se estrecharon sus manos fuertemente.

La voz le salió de su adentro temblorosa y con mucha timidez. Caminando con gran inseguridad seguía la estela del marinero de guardia.

Prudencio lo llevó a presencia del segundo oficial para formalizar el papeleo, el cual lo estaba esperando en la derrota del Prince Veloz.

El aire acondicionado a tope en el interior del puente le refrescó las calenturas que su alterado cuerpo padecía por culpa de la climatología más los sofocos por la novedosa situación.

Patidifuso se encontraba, pero la curiosidad despertó sus aletargados sentidos preguntándole al segundo oficial de puente:

—¿A cómo está el cambio del dólar?

Un subidón de alegría invadió toda su sangre, poniéndose al instante más contento que unas maracas al verse firmando el contrato. Con los ojos abiertos al máximo como queriéndoseles salir de sus órbitas. Disimuladamente se fijaba con mucha atención en la cantidad de dólares a cobrar mensualmente. Hizo el cálculo *grosso modo* en pesetas y alucinó. Aquel sueldo era el que ganaba él por medio año de trabajo en la pescadería familiar.

Embarcaba en el puesto de segundo camarero, así que el trabajo asignado a elaborar a bordo era bastante sencillo: limpieza y más limpieza y atender a los maquinistas; lo más engorroso sería sacarles brillo a todos los metales de los ojos de buey y ventanas. En línea general, la cosa estaba chupada en lo que se refería al tema del trabajo.

Colocó ordenadamente su ropa en el pequeño armario, mas espació por sus rincones las bolitas de naftalina que le dio la esposa.

Se sintió completamente indispuerto, aquella novedad le alteraba la salud. Corrió hacia los servicios para vomitar lo poco que tenía en su estómago.

Una catarata de pavor lo envolvía en esos primeros instantes a bordo; él trataba de pensar en positivo para alejar la negatividad de su pensamiento.

Deslumbrado iba conociendo el interior del buque: sus pasillos, comedores, cocina, la gran cantidad de cabinas y hasta el más escondido de sus recovecos olfateó, al tiempo que se presentaba a sus nuevos compañeros de trabajo.

Al caer la tarde de su primer día a bordo, después de la ligera cena y libre de faenas, salió solo. Bien acicalado se daba un garbeo por las calles de Valencia. El tiempo plácido invitaba a pasear por la ciudad situada a orillas del río Turia.

Su cuerpo ya exudaba los olores de los embarcados, como si por sus venas corriera agua salada desde siempre.

Se caminó muy activamente toda la Avenida del Puerto, haciendo algunas paradas en varios bares que se encontraba en su ruta para apaciguar la sed producida por la alta temperatura. Se desvió algo del camino y entró en un afamado restaurante —no apto para refinados—alucinando cuando pidió una especial. Al principio no lo tenía muy claro, pero al momento se dejó llevar, gustándole el ambiente que se palpaba en dicho local. Aquella manera de servir era inédita para él. Le sirvieron la cerveza en un orinal con una *cagada* bien grande, de pego, por supuesto, nadando aquel trozo de plástico a flote de la birra bien fría. Para más asombro se atrevió a pedir como tapeo media ración de *chochitos con pelos* —mejillones de primera calidad—. El pan en forma de pene y el rollo de papel higiénico por servilleta amenizaban la mesa.

El organizador de espectáculo del curioso local era el empresario del mismo, arrancándose con unos chistes bastante picantes, haciendo troncharse de risa a la clientela. Salió del curioso local con la alegría dibujada en todo su rostro.

Quería evadirse por todos los medios del impacto sufrido a la llegada al barco; olvidarse de la fatídica hora del embarque en que tan mal lo pasó.

Desolado como un cateto pueblerino, recorría memorizando con suficiente cautela por donde iba paseando para no tener nin-

gún problema de desorientación del camino a la vuelta. En El Cabanal, antiguo barrio marinero de la ciudad de Valencia, escuchó repicar las campanas de una cercana iglesia. Sintiendo la profunda necesidad de rezar, entró en ella sin más retraso.

Al salir de la misa-funeral, llegó hasta la playa de la Malvarrosa. Tenía intención de caminar hasta el mismísimo centro histórico, perderse por todos sus rincones emblemáticos. En mitad del agradable paseo se paró en seco; sentía sus piernas cansadas. No pudo seguir hacia adelante. Alcanzó por los pelos la guagua que lo acercaba hasta el barrio de El Grao. Encontrándose en el popular sector de la zona más antigua del Puerto de Valencia, se introdujo alegremente entre sus pintorescas calles. Entró en un bar muy notorio del lugar y tuvo que salir como un cohete por la bronca que en el mismo se organizó en un periquete: un taburete de madera voló como un rayo por encima de su cabeza, huyendo del establecimiento como un volador.

Aceleraba el paso en el alejamiento cuando una mujerona entrada en años y con kilos de más lo reclamaba con insistencias para pasar un rato agradable; siguió con prisas su senda haciendo caso omiso a la buscona de turno. De regreso a bordo, antes de meterse de nuevo en el barco, entró en un bar cercano a la puerta principal del puerto a tomarse unas cañas de cervezas. Se le calentó el pico bebiendo en dicho bar-restaurante y luego regresó al barco algo más alegre. Subió la escala real eufórico, esta vez mucho más seguro, sin pensar para nada en la reacción que le había sacudido su cuerpo unas horas antes cuando pisó la cubierta por primera vez. Se dirigió a su camarote, colocó a la vera de la almohada los dos inseparables amuletos y pasó la primera noche a bordo sin ninguna novedad reseñable: bueno, entre comillas, pues conciliar el sueño no lo consiguió. Más con las sonoras pesadillas noctámbulas que le había dedicado el otro ocupante de la cabina en las horas de cama, fue un imposible cerrar los ojos.